

JOAQUÍN COSTA Y EL NACIONALISMO ESPAÑOL

JOSÉ-CARLOS MAINER

SOBRE EL NACIONALISMO ESPAÑOL

En los últimos treinta y tantos años, la naturaleza y el desarrollo del nacionalismo español se han convertido en un territorio de conocimiento frecuentemente explorado y que empezamos a ver como ingrediente activo de muchos aspectos de nuestra historia moderna. Quizá haya sido una consecuencia indirecta del desarrollo casi inflacionario de la historia de los nacionalismos rivales hispánicos. Y, a la vez, quizá sea también una significativa derivación del desarrollo que todo lo relacionado con la tradición y la memoria han tenido en la historiografía general de signo progresista.

En cualquier caso, de tales actitudes cabía esperar que los estudios sobre el tema hubiera abandonado hace tiempo el estadio de la ontología, donde todo se elabora a partir de la certificación de certezas previas. Pero el nacionalismo y la tautología siguen siendo parientes próximos, incluso para los historiadores, como si las frases que definen la percepción de la sustancia nacional hubieran de ser el obligado punto de partida de su conocimiento científico. «Som i serem» (*Somos y seremos*) afirma el arranque de la popular sardana «La Santa Espina» (1907), perteneciente a la zarzuela del mismo título, música de Enric Morera y letra de Ángel Guimerà, que suele citarse en muchos discursos para definir el punto de partida inexcusable de la peculiaridad patria. «Los vascos quieren ser lo que son», decía sesudamente Arnaldo Otegui en el documental de Julio Medem, *La pelota vasca*, a la vez que lamentaba con melancolía cómo la modernidad tecnológica iba apartando a la juventud de sus «raíces» (quizá la palabra más reiterada por cuantos entroncan la ontología nacional con los principios básicos de la botánica). «Dios mío, ¿qué es España?...», se preguntaba Pedro Laín Entralgo cuando ya no era falangista y estaban lejos sus sueños de una «España diferente» compartidos con sus amigos en el Burgos de 1938, sino

que respondía a las preocupaciones que le suscitaban –en plena transición a la democracia– las tendencias «centrífugas» de muchos y el desinterés de otros por la «cuestión nacional». «España y yo somos así, señora», han pronunciado innumerables patriotas, citando a su manera las palabras del noble don Diego de Acuña Carvajal, al final del acto II de una obra de Eduardo Marquina, *En Flandes se ha puesto el sol* (1910), que casi nadie se ha tomado la molestia de leer (lo digo porque, en esa escena, don Diego acaba de entregar su espada al barón de Montigny, mercenario francés al servicio de España, actuando en defensa del honor de la familia brabantina que le acoge; la obra de Marquina es patriótica pero también es un notable esfuerzo de entender las razones de la rebelión de Flandes).

Si definimos algo por su misma identidad invariable, si necesitamos para su indagación el concurso de Dios, o si asociamos nuestro patriotismo a la real gana, no llegaremos muy lejos. Porque, antes que otra cosa, conviene advertir que el nacionalismo –el español, entre ellos– es un producto cultural que suele acarrear más conflictos ocultos que certezas contables, más voluntarismo que racionalidad y, al cabo, suele ser mucho más reciente de lo que los nacionalistas piensan. No emana directamente de la Historia e inflama espontáneamente a cada uno de sus sujetos activos, al modo de una Revelación, sino que proviene de una divulgación interesada de los signos de un pasado, que –más que a menudo– ha sido inventado por curtidos «profesionales»: clérigos, cronistas, curiales y funcionarios, escritores... El nacionalismo nunca es una experiencia personal de la pertenencia de alguien a un pasado mítico, sino la lenta penetración de una sociedad por unos motivos y unas leyendas de elaboración semiculta. Y se formaliza como un culto identitario de participación colectiva que tiene mucho de religión secular.

En este sentido, el origen del nacionalismo español se hallaría en la invención y adaptación, a lo largo de los siglos XV y XVI, de una materia histórica que intentó armonizar un presunto pasado unitario (y ya «español» desde un inicio) y su laboriosa y sangrienta «reconquista», concluida en 1492. Ya entonces se concibió como la historia de una «pérdida» y el arduo esfuerzo de una «recuperación». La segunda fase del nacionalismo asumió ese producto voluntarista y mitologizante y lo articuló en una experiencia histórica nueva: la trayectoria de éxitos y de fracasos vivida en el tiempo de la monarquía absoluta. Una nueva lectura conjunta de ambos procesos se realizó en los siglos XVIII y XIX, a partir del despecho y la insatisfacción con la situación presente del país. Y a la par que ese espacio imaginario se compartía con los otros nacionalismos que rivalizaban en un mismo marco de acción: aquellos «regionalismos» que perduraron como matizaciones más o menos melancólicas de la vivencia colec-

tiva y aquellos otros «regionalismos» que, a fines del XIX, se hicieron nacionalismos y desde un comienzo se esbozaron como enmiendas a la totalidad (o a una parte) del proceso constitutivo de la nación unitaria.

La plenitud del término *nacionalismo* solo se alcanza en el siglo XIX, cuando las doctrinas políticas sobre el «pueblo», los procesos educativos y los intereses del poder convinieron en exigir la certificación de la unidad nacional como premisa del Estado. El relativo *fracaso* de la misión del nacionalismo español (del que se ha hablado tanto, y con alguna razón...) estriba en dos dificultades notables: la primera, ya indicada más arriba, es que adquirió su madurez casi a la vez que se formulaban los nacionalismos periféricos, que impugnaron la viabilidad del modelo unitario; la segunda dificultad dimanó del paralelo desarrollo de un nacionalismo conservador (identificado con el catolicismo antiilustrado desde finales del XVIII) y otro progresista, con ribetes marcadamente populistas y que muestra alguna compatibilidad inicial con los nacionalismos periféricos (un idilio que se rompió, por ambas partes, en el decenio de 1890 y, sobre todo, en 1898). Esto significa que, en forma mucho más acusada que en otros países de nuestro entorno, estas dos percepciones nacionalistas de España tengan «lugares de memoria» diferentes y, si compartidos, interpretados de modo muy distinto. Pueden compartir Numancia y Sagunto, como referentes de la orgullosa independencia patria, pero no tendrán el mismo sentido los heroicos sitios de Zaragoza (ensalzados de preferencia por sectores más conservadores) que los coetáneos acontecimientos y significación de Cádiz (que remiten al patriotismo liberal). Y en la figura de Cervantes, unos se complacerán en ver al héroe de Lepanto («la más alta ocasión que vieron los siglos») y otros preferirán al «ingenio lego», hombre tolerante y seguramente crítico con muchos aspectos de la España de su tiempo. Para la CEDA de 1933 y para los primeros fascistas, el monasterio de El Escorial es una referencia del Imperio español; para Manuel Azaña, educando en las aulas escurialenses, y para Luis Cernuda, aquel paraje emblemático forma parte de su mejor memoria adolescente o recuerdo de la armonía de naturaleza y arquitectura, ya sea en la novela *El jardín de los frailes* o en un poema de *Las nubes* (1940). Por supuesto, Recaredo, Hermenegildo, Fernando III el Santo y los Reyes Católicos forman parte de la memoria conservadora; los Irmandiños gallegos, los Comuneros de Castilla o las desventuras de Jovellanos se integran en la memoria progresista. De modo insistente, el primer nacionalismo tiende a la autojustificación y a la suspicacia: *La leyenda negra* (1913), de Julián Juderías, es un libro —no tan torpe como se cree, ni mucho menos— prohijado para su mal por el recelo reaccionario. La conciencia progresista ha preferido abrazarse a cierto masoquismo de otro signo: el estudio

de José Álvarez Junco sobre el nacionalismo del XIX lo ha visto certeramente, a través de aquella imagen de «Mater Dolorosa»¹, identificada con una España maltratada a menudo por sus propios hijos. Y cuya encarnación más impresionante tuvo lugar, a la fecha de 1909, en la Madre de la alegoría novelesca *El caballero encantado*, de Benito Pérez Galdós, como un eco más de su identificación de los valores sociales salvadores con las presencias femeninas, desde la abnegada protagonista de *La loca de la casa* a la vengadora *Cassandra*, de la novela y drama homónimos de 1905 y 1910, pasando por la enferma duquesa de *Alma y vida* y la creadora Celia de *Celia en los infiernos*.

COSTA, NACIONALISTA

No se cita Galdós a humo de pajas, ni por ser casi coetáneo estricto de Joaquín Costa. En verdad, uno y otro tuvieron mucho que ver con la renovación del nacionalismo liberal español, al que dedicaron buena parte de sus esfuerzos, y ambos vivieron un periodo final de sus biografías en las que las circunstancias los convirtieron en arúspices de la redención nacional, a la que aportaron dosis parecidas de idealismo, populismo y ensoñación, a partir de unas decisiones personales muy significativas: en Galdós fueron la dedicación al teatro a principios del decenio de los noventa y, en 1898, la continuación de las series de *Episodios Nacionales*, que había suspendido en 1879, al final de la segunda; en Costa, como veremos, fue su paso desde una acción profesional definida por lo jurídico –como centro y resumen de la vida social– a la acción política directa, que ya se patentizó en sus intervenciones en la cuestión candente entre proteccionismo y libre comercio en el decenio de los ochenta y de forma más decidida al asumir la dirección efectiva de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, en 1892.

En los dos casos, pero más destacadamente en el de Costa, los personajes han llegado a formar parte del nacionalismo por el que trabajaron, convertidos en un motivo inspirador más. Los dos son, de algún modo, *lieux de mémoire* de la España posterior y quizá por eso, la concepción y el uso de sus legados comparte esa esquizofrenia que acabamos de señalar en el desarrollo de los dos nacionalismos paralelos, el conservador y el progresista, ambos tradicionalistas a su manera. Es patente que la función de icono del nacionalismo conservador la ostenta otro contemporáneo de Costa, Marcelino Menéndez Pelayo, más por

¹ ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

cuenta de sus obras juveniles –*La ciencia española* y *Historia de los heterodoxos españoles*– y sus vinculaciones con el catolicismo político que por sus convicciones y preferencias de madurez; pero la posteridad es dura de mollera y no se debe olvidar que muchos españoles de los años cuarenta adquirieron sus primeras nociones sobre el país en aquella *Historia de España*, seleccionada y prologada por Jorge Vigón en la obra de Menéndez Pelayo y publicada en 1934 bajo los auspicios del grupo de *Acción Española*. Nadie duda, sin embargo, del significado progresista de Galdós, aunque alguien pueda preferir el brío patriótico de *Trafalgar* al liberalismo militante de *Doña Perfecta*, pero en el caso de Joaquín Costa, mientras unos lo definen por su alineamiento en la huella de la Institución Libre de Enseñanza y su vinculación a la política republicana, hay otros para quienes Costa sigue siendo el dolorido grito de queja ante la «humillación» nacional de 1898 (y, como tal, inseparable compañero de Santiago Ramón y Cajal e Isaac Peral en la toponimia urbana de las ciudades españolas), será por siempre quien abominó de la política de partidos y reclamó el «cirujano de hierro» y también el referente del agrarismo español de corte tecnocrático (y casi siempre reaccionario). Para unos (y no forzosamente las gentes de su misma región), Costa es también un fenómeno esencialmente aragonés, por idiosincrasia y planteamientos; para otros, es una figura profundamente española en la que la sensibilidad regional es cosa más bien un ingrediente adjetivo: es obvio que la primera concepción conduce a un culto localista y a una visión marcadamente conservadora, quiérase o no, mientras que el segundo Costa dialoga más fecundamente con la tradición progresista nacional.

Por supuesto, en los dos Costas hay algo de cierto, porque toda concepción nacionalista de la vida colectiva –y la de Costa lo fue– comporta elementos de ambigüedad política. Y tal premisa será el punto de partida en el presente proyecto de acotar la relación de Costa con el nacionalismo español. Hacerlo así nos llevará, en primer lugar, a plantear su vivencia esencialmente romántica de lo histórico, que fue la de su época de formación, y que, por tanto, remite la comprensión de la figura de Costa mucho más al siglo XIX que a los once años que alcanzó a vivir de la centuria pasada. En segundo lugar, se considerarán las inevitables limitaciones de Costa como profesional de la historia, precisamente en los años en que se plasmaban las exigencias y las condiciones de ese ejercicio. Y, en último término, se recordará que su concepto de la historia de España se proyecta, sobre todo, como una herramienta de persuasión –la principal, por cierto– en el marco de un discurso político que gira en torno a la agitada coyuntura de los dos decenios 1890-1910 (aunque el centro vertebrador sea la crisis de Estado de 1898).

ROMANTICISMO Y NACIONALISMO

A Joaquín Costa lo explica, como acabo de decir, el siglo XIX en que vio la luz: las ambiciones, la soberbia y la pasión emocional que aquella centuria volcó en gran medida sobre la idea de nación. Por eso fue el siglo del nacionalismo y hubo dos momentos clave de su formulación: uno romántico y otro positivista, pero ambos profundamente marcados por la común idea historicista que convertía a la Nación en el objetivo supremo del desarrollo de las comunidades humanas. Los *Discursos a la nación alemana*, de Johann Gottlieb Fichte, se pronunciaron en Berlín, en el invierno de 1807-1808, cuando el filósofo pensaba en las expectativas que ya celebraban muchos otros alemanes, al paso de los cambios que Napoleón introducía en el mapa de Europa. En la opinión de Fichte, los presagios de unidad se basaban en el futuro y relevante papel que tendría la educación en un Estado que haría de la formación de sus ciudadanos su objetivo principal, al modo que había tenido su antecedente en la antigua Grecia; de hecho, la equivalencia de nación y educación es la tesis fundamental de unos discursos cuyos argumentos se apoyan a menudo en las ideas pedagógicas de Pestalozzi y en su interés por la formación de la sensibilidad infantil. Pero previamente, la necesidad de aquel Estado había sido posible por la posesión de un idioma celosamente preservado como sangre de la nación: lo que hacía que un germano pudiera entender el alcance de palabras como *menschheit* o *menschlichkeit* en sus propias raíces, sin necesidad de recurrir al latinismo *humanität*, herencia de lengua muerta².

Setenta años más tarde, el hermoso discurso de Ernest Renan «¿Qué es una nación?» vino a subrayar otro modo de sentimiento nacional, cuando Francia había sido vencida por la nueva Alemania y había tenido que ceder parte de sí —Alsacia y Lorena— a la potencia enemiga. Por eso, su idea de nación es un mentís a las circunstancias geográficas, lingüísticas, dinásticas, históricas como determinantes absolutos; pueden ser la base de la nacionalidad (como la monarquía francesa lo había sido de Francia, según reconocía aquel monárquico discreto), pero la idea de nación se forma por la continuidad de las creencias de sus ciudadanos, en una suerte de plebiscito permanente. De algún modo, la idea de que el nacionalismo se educa y se gana día a día es un eco de la filosofía romántica alemana que inspiró a Fichte... e inspiraba a Renan: «El hombre no

² *Discursos a la nación alemana*, estudio y traducción de M.^a Jesús Varela y Luis A. Acosta, Madrid, Tecnos, 1988.

es esclavo ni de su raza, ni de su lengua ni de su religión, ni del curso de los ríos, ni de la dirección de las cadenas de las montañas. Una gran agregación de hombres, sana de espíritu y cálida de corazón, crea una conciencia nacional que se llama nación»³.

El nacionalismo de Costa integró también una fuerte añoranza de un Estado educador, tanto como la imagen de una comunidad unida por tradiciones que se transmiten en la lengua colectiva, pero tampoco fue ajeno a la emoción del esencialismo histórico que asomaba en el germanismo lingüístico fichteano. La imaginación romántica de Costa buscó en el remoto pasado aquel elemento integrador y no es casual que fuera uno de los divulgadores más autorizados de la denominación de España como Iberia y de la identificación de los españoles con los iberos. Y obsérvese, por cierto, la preferencia progresista por esa onomástica que evitaba la imposición romana del nombre de Hispania y que, de otro lado, apelaba a un pueblo transmediterráneo, expansivo y guerrero: en el siglo XIX, *iberismo* fue el término utilizado por españoles y portugueses favorables a la integración de sus países y, en general, estuvo presente en el vocabulario federalista posterior, como al cabo lo estaría en el de los grupos anarquistas de comienzos del siglo XX.

El romanticismo costiano está presente siempre, en cualquier caso. Sus diarios nos recuerdan a menudo que leyó a Chateaubriand, la máxima expresión del exotismo romántico, y *El conde de Montecristo*, de Dumas, que quizá sea la más feliz acuñación del heroísmo en una edad donde lo que contaba era el poder político, las influencias y la fortuna económica. Pero también leyó a Jules Verne en los días de la Exposición Universal de París, cuando los *Viajes extraordinarios* eran una novedad que devoraban todos, y tuvo el propósito de escribir una novela, *El siglo XXI*, en la huella del narrador francés. Fue una dieta lectora que está marcada por el signo del individualismo heroico y por la ambición panorámica, el permanente caudal de paisajes, inventos y sorpresas. Y no debemos desdeñar que su proyecto de ser escritor, aunque fue pasajero, estuvo marcado por ese tipo de escritura: consta que concibió poemas narrativos sobre *El Sinaí* o *Los hebreos* (que no dejaría de ser la contemplación del destino manifiesto de un pueblo) y sobre el conquistador Hernán Cortés (tan admirado en los siglos XVIII y XIX, desde los elogios de Cadalso a la *Vida* de Quintana). Pero también proyectó una serie de relatos históricos, bajo el título

³ *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*, ed. Andrés de Blas Guerrero, Madrid, Alianza, 1987.

de «Novelas nacionales», que empezaría con un volumen sobre la fundación romana de Osca, al que seguirían un relato sobre los almogávares y otro sobre el periodo 1812-1823, lo que no dejaba de estar emparentado con el proyecto «nacional» de Galdós⁴.

A todo esto habría que añadir un elemento romántico más: la propia y temprana percepción de su fracaso personal, en nada ajena a sus limitaciones físicas y, sobre todo, a la crónica escasez de su peculio. Ese dramático masoquismo costiano, hecho a partes iguales de rebelión contra el destino y de autoconmiseración, invade el texto de sus memorias juveniles (que ahora hemos podido conocer en una edición solvente y memorable), pero siguió presente en los abundantes autoanálisis y balances pesimistas que prodigan sus cartas hasta el último momento de su vida. Con apenas dieciocho años su modelo vital era Benjamin Franklin, de modesto origen como él y plurales dedicaciones, tal como había leído en las páginas de *El tío Pedro o el sabio en la aldea*, y como recoge una anotación de sus diarios. Un lustro después, se lamentaba: «¡Y yo que había sacrificado todos mis sentimientos, toda mi historia, a una sonrisa de gloria, a un ideal de amor! Cada vez que leo un periódico o un libro sufro horriblemente! ¡No ser escritor! ¡No ser economista! ¡No ser filósofo! ¡No ser agrónomo! ¡No ser poeta! ¡No poder estudiar!». Unos días antes, en enero de 1870, repasaba las vidas de los sabios y hallaba que «todos hallaron un apoyo eficaz sobre la tierra»: Pascal, Linneo, Mozart o Jaime Balmes... «Solo para mí no hubo ni maestros que me abrieran los ojos, ni tíos que me comprendieran, ni protectores que me pagaran los estudios». Todo se convierte así en sensación de impotencia y experiencia de humillación social; incluso en la última anotación íntima, que corresponde a febrero de 1880, cuando ya empieza a tener un lugar en la vida, siente la profunda vergüenza de no haber podido dar un aguinaldo navideño a los porteros de la Institución Libre de Enseñanza que, de ese modo, «han debido saber mis apuros»⁵. A lo largo de esa difícil convivencia consigo mismo, se hizo patente que Costa llegó a identificar —y sobre esto volveremos— su personal sufrimiento y el de su patria: Costa y España eran, en su

⁴ El más completo trabajo sobre el tema sigue siendo la síntesis de Agustín Sánchez Vidal, «Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa», en AA. VV., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, 1984, pp. 29-68.

⁵ Las citas se realizan por la oportuna edición de las *Memorias*, ed. Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza, Prensas Universitarias / Instituto «Fernando el Católico» / Gobierno de Aragón / Huesca, IEA (Colección Larumbe Textos Aragoneses, 73), 2011, pp. 14, 134, 131 y 425.

percepción, dos formas de frustración, condenadas por el destino a carecer de medios de mejora y a no ser nunca lo que debieran haber sido.

COSTA, HISTORIADOR: ENTRE LA «TUTELA DE LOS PUEBLOS» Y LA AUTONOMÍA POPULAR

Entre los proyectos de futuro de Costa el más duradero fue, sin duda, el de ser catedrático de Universidad. Y también al que renunció con más dolor íntimo y amargas escoceduras; no lo reemplazaron ni sus actividades colonialistas en el marco de la Sociedad de Geografía Comercial a lo largo de los años ochenta, ni sus batallas jurídicas vinculadas a los organismos profesionales, ni su desembarco en el Ateneo de Madrid de los años noventa, por no hablar del periodo final de actuación política que hemos de ver con más detalle.

Pero lo cierto es que Costa no solo fue ajeno al enteco mundo académico español sino que, lo que es más grave, tampoco conoció sino muy de bulto el floreciente sistema alemán, la renovación de la Universidad británica, o los frutos de la Universidad napoleónica, orientada a la creación de un mandarinato nacional de funcionarios. En su reciente prólogo a los *Estudios ibéricos*, Guillermo Fatás ha señalado las limitaciones bibliográficas y metodológicas de un trabajo en el que su autor no escatimó ni esfuerzos ni consultas, pero que estaba ajeno a las pautas que, ya en los años ochenta del siglo XIX, regían la producción científica⁶. Y el propio Emil Hübner, el mayor estudioso de la epigrafía hispanorromana, tuvo la oportunidad de señalarlo en una reseña de los estudios costianos, fechada en 1901⁷. No es que, a la fecha, faltaran esfuerzos nacionales en ese sentido. Los primeros héroes «técnicos» de la Historia de España fueron

⁶ «Al componer las piezas que conformaron sus *Estudios ibéricos*, Costa tampoco pudo beneficiarse de algunas circunstancias que vinieron a trastocar el estudio de cuestión sobre las antigüedades hispanas y, en particular, las referidas a los grandes tópicos de los iberos y los celtas. Como todos los de su tiempo se veía obligado a explicar la mayoría de los cambios importantes recurriendo al socorrido mecanismo de las invasiones, de asiáticos, de iberos, de celtas, de romanos» (Guillermo Fatás, «Presentación para la reedición de la obra de Joaquín Costa, *Estudios ibéricos* (1891-1895)», en *Estudios Ibéricos* (1891-1895), Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, p. XXXII).

⁷ «Para alcanzar la perfección del método crítico, los jóvenes acuden hoy a las cátedras filológicas de Berlín, de París, de Roma. En España, desde muy antiguo, estos estudios se hacen sin salir de la península [...] y esa limitación nacional perjudica» (*Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas*, I, 1 (1895), p. 3).

el epigrafista P. Fidel Fita, el paleógrafo Jesús Muñoz y Rivero y el historiador del Derecho Eduardo de Hinojosa, entre otros; con ellos, que eran poco más jóvenes que él, las disciplinas históricas dieron el significativo paso que iba de la facundia narrativa de D. Modesto Lafuente (y su divulgada *Historia de España*, 1850-1867), a la seriedad documental de aquellos «benedictinos de americana» (la frase es de Antonio Paz y Meliá, uno de sus continuadores), que desde 1857 a 1900 se afanaron en la Escuela Superior de Diplomática y supusieron la profesionalización del oficio⁸.

Lo que Costa sí sabía es que la Historia era un instrumento esencial de la nacionalización de los pueblos, como lo supieron también los nuevos historiadores. Su correspondencia con el joven Rafael Altamira, el más brillante (y el más listo) de aquellos ambiciosos profesionales, revelan la cercanía del propósito final y las diferencias de metodología, pero también lo certero de algunas significativas intuiciones por parte de nuestro Costa. En esta correspondencia, ejemplarmente editada por George Cheyne, llaman la atención las cartas que intercambiaron en septiembre y octubre de 1891 acerca de la reforma de las Facultades de Letras, donde Altamira proponía a Costa una reforma de Letras con «un periodo preparatorio, con latín, griego y alemán (para los que no lo posean) y ciencias auxiliares» y un segundo ciclo de «gran libertad» de elección por parte del alumno y dominado por los cursos monográficos «como en todo el mundo». A Costa no le parece mal la traza e incluso se le antoja corta la exigencia. A los cursos de lenguas indoeuropeas y semíticas (que empezaban a ser importante pieza en la reconstrucción de un ideal *imperio cultural* hispánico), añadía estudios de vascuence y «berberisco» [*sic*], porque Costa daba por buenas la embrionaria teoría vascoiberista y la importancia del *continuum* ibero-bereber norteafricano. Y reclamaba, sobre todo, «visitas prácticas», lo que es su principal aportación, para las que da como ejemplo la que podría hacerse a «la comarca de Bailén a Andújar, donde se libraron las grandes batallas de Aníbal-Escipión, almohades-cristianos (Navas de Tolosa) y franceses-españoles (Bailén) cuyas coincidencias no son casualidad»⁹. En carta poco posterior, in-

⁸ Sobre esa transformación, cf. la monografía de Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía española contemporánea*, Madrid, ANABAD, 1996, y con un alcance más global, la de Ignacio Peiró, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995.

⁹ *El renacimiento ideal. Epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, ed. G. J. G. Cheyne, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992, pp. 47-48.

sistía todavía en la dimensión práctica de la enseñanza de la Historia, aunque exageraba notablemente la capacidad de sus destinatarios: los alumnos deben visitar «periódicamente» los archivos «para aprender a manejarlos, haciendo, bajo la dirección del profesor, una monografía entre todos» y, por otra parte, han de afanarse en la «colección de costumbres (jurídicas, agrícolas, económicas, estéticas, etc.)» para «recoger desde luego ya y publicar una biblioteca consuetudinaria a tomo por año»¹⁰.

Esa finalidad patriótica de la Historia y su marcada propensión populista estuvieron siempre presentes en su obra. El autor publicó en 1881 una voluminosa *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de refraneros, romancesos y gestas de la Península*, título tan largo como revelador de sus propósitos, y que en 1902 dio remate a una de sus obras clave, *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, a cuyo segundo tomo contribuyeron Miguel de Unamuno, que escribió sobre el foralismo en Vizcaya; Rafael Altamira, que trabajó sobre las tradiciones jurídicas de Valencia, y José María Piernas Hurtado y Manuel Pedregal que lo hicieron sobre las de Asturias, entre otros. En esta pieza y en *Colectivismo agrario en España* (1898), algo anterior, Costa dio lo mejor de sí en aquel sugestivo campo de trabajo que se inventó y donde se juntaban la geografía humana, la historia del derecho, el folclore y el estudio de la literatura popular, la antropología y la sociología. Por supuesto, valen —como paradigma científico y como aportación contable— muchísimo más que sus trabajos más ceñidos a la historia patriótica convencional. En tal orientación, su idea de una Historia hecha por personalidades descollantes —que han impuesto su huella a pueblos desorientados— tuvo su mejor ejemplo en la serie de estudios sobre personajes históricos que concibió en 1895 bajo el rótulo de «Tutela de pueblos en la Historia». La esbozó como objeto de un ciclo de conferencias en el Ateneo de Madrid, entonces dirigido por Segismundo Moret y donde Costa presidía la Sección de Historia. Y el proyecto originario incluía desde Hammurabi, Amenofis y Moisés hasta Pedro I de Rusia, Federico de Prusia, Georges Washington, el canciller Bismark e Iwakura Tomomi, iniciador del Japón *meiji*, incluyendo a los hispanorromanos Sertorio, Trajano y Teodosio, la española Isabel I de Castilla y los jesuitas que crearon las reducciones indígenas del Paraguay.

Pero aquel curso, que contaba con la presencia de Manuel Murguía, Eduardo de Hinojosa, Rafael María de Labra, Menéndez Pelayo, Francisco Giner de los

¹⁰ *Ibidem*, p. 49.

Ríos, Juan Valera y Gumersindo de Azcárate, entre otros, no se llevó a efecto, aunque bajo el mismo marbete, Joaquín Costa dictó una conferencia sobre «Viriato y la cuestión social en España» y otras dos sobre la historia social de España corrieron de cuenta de Hinojosa y Altamira. El título de «Regeneración y tutela social» compareció de nuevo para anteceder un largo estudio de Costa sobre Isabel la Católica, que vio la luz seriado en varios números de la *Revista Nacional* (1899-1900), como solitaria representación de una serie de más empeño a la que solo se añadió una semblanza del hacendista Juan Bravo Murillo, obra de José María Piernas Hurtado. En fecha posterior, Tomás Costa recogió ambos trabajos y otros de fecha y propósito muy diverso en el volumen XI de la «Biblioteca Costa» con el ya conocido título de *Tutela de pueblos en la Historia*, que pasaría a ser uno de los eslóganes más consabidos (y más peligrosos...) del *costismo*: allí está la conferencia sobre Viriato, el veterano trabajo «Representación política del Cid en la epopeya española», otro sobre «El Conde de Aranda y su política», agrupados por Tomás Costa como un vademécum del patriotismo de su hermano.

Pero aunque no fuera ajeno a esa veneración de la autoridad moral de los reformadores, lo cierto es que Joaquín Costa prefería buscar los síntomas de regeneración en los sustratos étnicos, en las tradiciones colectivas y en los términos de aquel populismo democrático que recorrió el siglo XIX progresista. Un pueblo no puede estar equivocado, pensaba Costa, aunque aparentemente esté vencido o inactivo. ¿Cómo no recordar al propósito que en el mismo año de 1895, cuando Costa andaba pensando en la «tutela de los pueblos», Unamuno acuñó en las páginas de *En torno al casticismo* la fecunda expresión de *intrahistoria* para referirse a esas realidades colectivas que vivían sumergidas bajo el espejismo de la historia al uso? ¿Cómo no añadir que, en 1897, el mismo Unamuno proponía el nombre de *demótica* para una nueva ciencia de lo popular que fuera vía alternativa a los exangües trabajos universitarios del momento? El Unamuno que por entonces combatía contra el purismo lingüístico en favor de un español vivo y proponía la simplificación ortográfica de la lengua coincidió, en suma, con Joaquín Costa y probablemente aprendió bastante de él. Y es que la misma idea de una «ciencia de la nación» auténtica, que estaba en las mejores páginas de Costa, la hallamos también en los estudios medievales de Eduardo de Hinojosa, o en las primeras indagaciones sobre las leyendas heroicas que publicó Ramón Menéndez Pidal. Entre todos ellos contribuyeron a desplazar el nacionalismo español desde las sombras venerables y yertas de las batallas y las dinastías a una cuestión de naturaleza moral y estética.

¿FRACASO POLÍTICO O FRACASO DE COSTA?

La crisis de fin de siglo fue el elemento desencadenante de ese cambio de paradigma nacional, al que nuestro escritor había contribuido. Pero Costa prefirió buscarle una traducción política que fracasó como partido, y luego le acarreo nuevas frustraciones en su deriva personal como republicano independiente. Es patente que Costa eligió muy mal sus compañeros de viaje. Ni eran muy recomendables las que invocó como «clases productoras», ni los divididos y doctrinarios republicanos del momento; acertó más al buscar apoyo y refrendo en la Institución Libre de Enseñanza que, desde los años noventa, estaba muy cerca del republicanismo y, de añadidura, unía lo más valioso del mundo intelectual con proyección universitaria. «No parece que exista en España –escribió Costa a Altamira el 6 de agosto de 1898– otro núcleo propulsor más que este; la Institución y Oviedo [la Facultad de Derecho de la Universidad donde profesaban Altamira, Álvarez Buylla, González Posada y Clarín, entre otros]»¹¹. Pero Altamira no acaba de ver la razón de un partido nuevo que no sería «ni radical ni conservador, ni monárquico ni republicano, ni individualista ni socialista, oportunista y aunque diga empírico, a la inglesa, definido por programa», aunque Costa le aseverara que tampoco tendría «la inclinación a lo milagroso improvisado, estilo submarino Peral o tóxico Daza»¹². En carta del 25 de noviembre de 1898, Costa consideraba definitivamente malograda la trayectoria que había desembocado en la Asamblea de Zaragoza y el 20 de marzo del año siguiente, su corresponsal Altamira, reiteradamente instado a participar en las empresas costianas, se zafaba paladinamente del asunto: «Todos hacemos aquí votos fervientes porque la Unión Nacional sea fructífera. Tememos que no, a pesar de la ciega confianza en Vd.»¹³. Giner de los Ríos sustentaba ya la misma opinión en el agitado noviembre del 98: el programa de la Cámara Agraria del Alto Aragón tenía demasiados pormenores, demasiados representantes de «instituciones bisoñas» a las que se quería halagar y, a la postre, se podía confundir lo que allí se dijera con los exabruptos del general Camilo Polavieja o del carlista Necedal¹⁴.

¹¹ *El renacimiento ideal*, ed. cit., p. 104.

¹² *Ibidem*, p. 105.

¹³ *Ibidem*, p. 120.

¹⁴ *El don de consejo. Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, ed. de G. J. G. Cheyne, Zaragoza, Guara, 1983 (Obras de Joaquín Costa, 9), pp. 131-132.

Aunque desengañado y herido por la negativa, Costa siguió empeñado en su pretensión de integrar a los institucionistas, ahora con motivo de la mayoría de edad de Alfonso XIII. En carta del 10 de enero de 1903, el fundador de la Institución le reiteró que, aunque en su programa «casi todo me parece excelente», «en cuanto al camino y al método, no lo hallo tan claro». Y con la fina sorna que tan a menudo aflora en sus cartas, le espetaba: «En cuanto a V., no se por qué camino puede ir a sitio desde donde hacer lo que le toca. V. no quiere ir a las elecciones —¿ni aun a las de ahora?—; V. no va a sublevar soldados; a V. no le va a llamar el rey; de re-pública no hay más que la de Alonso Martínez, ¿qué hacer?»¹⁵. Las palabras de Giner son el mejor y más cruel epitafio sobre las inconsecuencias y las dificultades de la campaña finisecular de Costa.

Pero ya he señalado que Costa encarnaba la complacencia masoquista en el fracaso y que la retórica y el fatalismo le eran consustanciales. En enero de 1903, resumía para Giner de los Ríos el último tramo de su vida: «Ha concluido (creo) todo. Hace 20 años (política geográfica), aún veía o creía ver mucho; hace 10, y hace cuatro (Alto Aragón, Zaragoza), algo; hace dos (Ateneo), muy poco, un resplandor de crepúsculo; hoy, nada: cerrado del todo el horizonte: si algo veo es que no existe camino [...]. Vocaciones (esto son nuestros libros) todas estériles, por falta de potencia intelectual y por falta de ambiente. Solo quedará lo de Vd..., o lo que quede de los Vd. y pegagogos y juristas adjuntos»¹⁶. Ya he señalado que llegó a identificar el fracaso de su país con el suyo propio y en carta a Altamira de 1905 contemplaba su vida «más que invertebrada, rota, típicamente irregular, fragmentada y cambiante [...], comprometidas y embargadas las contadas horas y la escasa resistencia física que me queda»¹⁷. Al fin y al cabo, cada vez que hablamos de la Nación hablamos de nosotros mismos, de nuestro deseo de perdurar o de justificarnos, o de sobrevivir. Cuando Costa murió, sus herederos —Azorín, un reaccionario inteligente y sensible; Unamuno, en la plenitud fecunda de su ego literario; Ortega, dispuesto a ejercer una jefatura espiritual; Azaña, convencido de la necesidad de profesionalizar e intelectualizar la política— lo vieron muy claro: aquel ilustre desaparecido era un hombre de otro tiempo y un quijote que había llegado a confundirse con su propio país. No iba a ser fácil rescatar para el futuro un legado tan lleno de ambivalencias, de errores tácticos y de simplificaciones ajenas. Y al que, sin embargo, debemos la constitución de algunas de las partes más habitables del nacionalismo español del siglo XX.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 170-171.

¹⁶ *Ibidem*, p. 172.

¹⁷ *El renacimiento ideal*, ed. cit., p. 133.